

DIVERSIDAD Y POLÍTICAS CULTURALES

Queridas amigas, queridos amigos,

Esta mágica ciudad que hoy nos convoca, condensa en su asombrosa belleza todas nuestras Américas. Las que no pueden ser definidas con un concepto preciso o con un símbolo que las consagre, porque este continente que nos cobija, aún se sigue forjando entre las pasiones de la constante reconstrucción de sí mismo.

Con los sones de diferentes hablas, los americanos nos buscamos, una y otra vez, en el Caribe, en la Selva, en la Pampa, en la Cordillera o en desierto y, en ese largo caminar, nos convertimos en creadores alucinados, empeñados porfiadamente en consagrar nuevas formas de vivir, de pensar y de soñar.

En este ir y venir, quizá desde el inicio de nuestros tiempos, y seguramente desde mucho antes de ser ocupados, constituimos una polifacética potencia cultural. Somos el continente del mestizaje, de los fenómenos que rechazan los conceptos y que se definen y hablan a partir de la acción.

En esta aceleración de comienzo de milenio que nos toca vivir, es decisivo asumir el desafío de re pensarnos desde ahí, para no transformar las políticas culturales de Estado en fetiche o icono formalista. Afirmamos que el principal antídoto contra este riesgo es la libertad de la creación, el protagonismo de los creadores, la consagración y fomento de las diferentes voces que nos obligan a revisarnos y a repensarnos cuando actuamos desde el Estado.

Actualmente, el debate cultural en Chile, si bien se integra a la polémica internacional, se mueve dentro de un contexto en el que conviven tres tiempos históricos: El **premoderno**, vinculado a las culturas agrarias, campesinas y suburbanas donde las temáticas culturales de los pueblos originarios y de las culturas tradicionales gravitan con gran fuerza.

Otro **moderno**, que se ubica dentro de los conceptos académicos urbanos y en buena parte consagrados en sus propias tradiciones discursivas y estéticas y el **postmoderno**, que se debate entre las expresiones de su propia matriz estética y las síntesis híbridas de lo “americano”.

Otro factor que comienza a emerger, es la influencia de muchos artistas y creadores chilenos radicados en otras partes del mundo, como efecto de la diáspora obligada por la dictadura.

Ellos, al aportar sus propuestas, nos relacionan con fragmentos de otras realidades culturales, que abren nuestra sensibilidad a nuevas miradas y expresiones.

En un plano complementario, los procesos de integración hacia países del Cono Sur están ensanchando los procesos de comunicación entre creadores regionales, produciendo un fenómeno más complejo y abarcador de lo que solemos denominar como cultura latinoamericana.

En el Parlamento de Chile, se debate hoy la propuesta de una nueva Institucionalidad cultural conformada por un Consejo Nacional de Cultura y la modificación sustantiva del Fondo Nacional para las Artes, para hacerlo más eficaz y amplio. Se genera, además, la creciente convicción de que la inversión estatal en cultura debe aumentar ya que el concepto de modernización no sólo abarca el aspecto económico y político, sino que se refiere también a un conjunto de elementos no tangibles, vinculados a la participación y a la creación.

En este sentido, queremos destacar el hecho de que sólo se logra éxito en el impulso y fomento de las políticas culturales, cuando el Estado juega un rol relevante actuando con orientaciones de largo plazo.

La inversión en cultura no sólo promueve el desarrollo espiritual de un país, también genera un impacto en la economía que se traduce a su vez en trabajo, comercio, tecnología y lógicas empresariales.

De esta manera, al igual que otras inversiones que también dan frutos en el tiempo, la cultura sólo puede ser concebida como un proceso que se expande, reconfigura y produce, a través de un largo camino de constante reinscripción. La cultura sometida sólo a las leyes del mercado y a la polaridad oferta-demanda, queda completamente desprotegida en disciplinas y manifestaciones que son esenciales, pero cuyo dinamismo es sectorial y acotado. Es relevante asumir entonces que la “cultura” también se desarrolla a partir de políticas sectoriales dirigidas decididamente a ese frente.

A modo de ejemplo y en beneficio del tiempo a disposición, sólo me limitaré a unas muy breves referencias a algunos de nuestros programas, con la esperanza de poder profundizarlas y ampliarlas en el debate posterior.

Como División de Cultura del Ministerio de Educación de Chile, sustentamos nuestro quehacer en tres vectores, a saber: Fomentar y estructurar una Descentralización efectiva de los proyectos culturales, disminuir la Marginalidad cultural y construir nexos sólidos entre Educación y Cultura.

En concordancia con estos objetivos, hemos desarrollado líneas de estudio que se concretizan en la **Cartografía Cultural de Chile**, que incluye la publicación de un Directorio Nacional de la Cultura, con su permanente actualización y el Atlas Cultural de Chile.

En ella incluimos una completa información, que caracteriza y muestra la evolución de la actividad cultural de nuestro territorio durante los últimos años. Este proyecto ha aportado al Estado y a los agentes involucrados en la planificación y gestión cultural, un registro inédito y considerable de la dimensión del sector, en casi la totalidad de las comunas del país. Nos da por fin una visión más clara de quienes son, cuantos son y donde están los que contribuyen con su talento y esfuerzo al proceso cultural de Chile.

Concientes de que este registro debe actualizarse y perfeccionar sus mecanismos de medición, ha sido imprescindible seguir conectados en red con la totalidad de los municipios y, a la vez, mantener un permanente espacio “abierto” a la postulación de nuevos inscritos y a la rectificación de datos anteriormente registrados.

De esta manera, hemos podido instalar un confiable y permanente mecanismo de medición del vasto quehacer cultural.

Por otra parte, los Cabildos Culturales se han convertido en una inmejorable instancia de participación democrática en la que, en el marco de nuestras políticas culturales, cada ciudadano es considerado en su calidad activa de sujeto creador y no de pasivo consumidor de cultura. En ellos, las comunidades territoriales y específicas son convocadas a reunirse, a debatir y a elaborar propuestas concretas en el ámbito cultural tanto a nivel comunal como nacional.

Esas propuestas, votadas en un Cabildo Nacional que se realiza anualmente, son entregadas al Presidente como aporte concreto a la elaboración de las políticas nacionales en cultura. El próximo mes de agosto se llevará a efecto el tercer Cabildo Nacional de Cultura en la ciudad de Valparaíso. Actualmente, los Cabildos se instalan más allá de las fronteras de Chile, con miras al reencuentro cultural con las comunidades de compatriotas en el extranjero cuyo número asciende a más de un millón. Ya se han realizado en Suecia y en Australia y pronto los tendremos en Canadá, Argentina y Costarrica.

Figura además, entre nuestras metas más inmediatas, la de impulsar y profundizar la vinculación entre las diversas culturas que existen y coexisten en el territorio, reconociendo e instalando en el imaginario social nuestra diversidad étnica y cultural. Es así como, a través del Área de Culturas Originarias hemos buscado establecer una relación de conocimiento y reconocimiento entre la sociedad chilena y los pueblos indígenas.

En otro ámbito, sabemos que es necesario que Chile amplíe aún más los espacios participativos de los jóvenes, dialogue con sus propuestas éticas y estéticas y acepte sus diferencias y críticas en diversidad, como parte natural de un proceso de maduración y creciente protagonismo. Cabe destacar que nuestra apuesta a los jóvenes tiene relación directa con el urgente deber de asumir las propuestas críticas y las acciones de quienes quieren hacer de Chile una patria más consciente y diversa en la que el diálogo se hace indispensable y vital para enfrentar los desafíos que tienen que ver con la globalización que ya convive con nosotros.

Abrámonos al mundo sin miedo, Repensemos nuestras identidades desde una perspectiva que asume abiertamente nuestras diferencias. Remplacemos la ya gastada y pasiva tolerancia por la aceptación gozosa de la enriquecedora diversidad, como condición indispensable para lograr un auténtico desarrollo humano y construir, codo a codo, una verdadera Cultura de Paz.

Claudio di Girolamo

Cartagena de Indias, 12 de julio de 2002